

PALABRAS IMPRUDENTES Y DAÑINAS

RECKLESS AND HARMFUL WORDS

Verdú F.

Departamento de Medicina Legal y Forense.

Universitat de València.

España.

Correspondencia: Fernando.Verdu@uv.es

Sobre las cinco de la tarde del sábado 31 de diciembre pasado, cuando ya comenzaba con los preparativos para la tradicional celebración, recibí una llamada telefónica: era mi mejor amigo que, con voz casi inaudible y temblorosa, me adelantaba que iba a acercarse por casa un momento.

Cuando llegó a los pocos minutos, además de la sensación de angustia que ya me había transmitido con su voz, pude ver su cara –pálida- en la que se componía un gesto amargo y de desesperanza.

Naturalmente preocupado le pregunté qué le pasaba; después de que me contara la historia y tras media hora de navegación a través de la red de redes y otra media de conversación, mi mejor amigo salió de mi casa. Era otro hombre que marchaba -contento y animado- hacia la suya, en la que le esperaban su dueña y sus dos jóvenes hijos que aun le necesitan. En un par de horas estaría con ellos.

¿Qué había sucedido? Paso ahora a relatarles un caso de evidente irresponsabilidad profesional médica. Naturalmente no fue eso lo que le dije a mi amigo, ya que soy de los que todavía creen, como señala el Código de Deontología, que los médicos se han de abstener de criticar despreciativamente las actuaciones profesionales de sus colegas. y que hacerlo en presencia de los pacientes, de sus familiares o de terceros es una circunstancia agravante.

Mi amigo había sufrido hace unos meses un accidente cerebrovascular del que, gracias a Dios, se había recuperado muy satisfactoriamente. Únicamente había quedado algo marcado psicológicamente al experimentar, en primera persona, la futilidad de nuestra existencia.

El caso es que el día 31 de diciembre se levantó con algunas molestias en la mitad izquierda de su cuerpo; con la experiencia pasada, no tuvo ninguna duda y acudió a un centro sanitario donde le prestaron una asistencia de urgencias impecable. Según me contó, en muy poco tiempo le hicieron todas las exploraciones y técnicas complementarias que requería el caso y llegó el momento del diagnóstico y la clave de esta historia.

El médico, veterano y con aspecto de curtido en cientos o miles de guardias según me dijo mi querido amigo, le dijo que no se preocupara, que no pasaba nada. Que no había sido un nuevo accidente cerebrovascular y que podía irse a su casa...pero que tenía que ir al médico porque, “*eso que tenía en el cerebro*” era degenerativo e iba a ir a más. “*¿No ha notado fallos de memoria?*” insistió el galeno. Naturalmente que mi amigo había tenido fallos de memoria, como cualquier hijo de vecino.

El caso es que, con la moral por los suelos, viéndose ya con una demencia precoz, pensó en venir a verme para charlar un poco y compartir su auténtico dolor.

Cuando llegó, con el aspecto ya señalado, traía consigo los papeles que le habían entregado en urgencias y entonces pude enterarme de lo que era “*eso que tenía en el cerebro*”: era uno de esos términos tan necesarios para nosotros y tan incomprensibles para los pacientes.

Después de tranquilizarle un poco el ánimo, le propuse que se diera una vuelta conmigo por Internet para ver juntos qué se sabía de su padecimiento cerebral, de eso que degeneraba, que iba a más y que le iba a sumir en la demencia.

En aproximadamente media hora llegamos a la conclusión de que, como en tantas cosas de la medicina, el campo del desconocimiento es todavía muy amplio. No encontramos absolutamente nada que sustentara científicamente el apresurado negro pronóstico que había recibido mi amigo.

En la siguiente media hora, ya con los ánimos más templados, me encargué de convencer a mi casi hermano de que, a lo mejor, el médico que le atendió tenía razón...o no la tenía. Y con esa gracia especial que tenemos algunos médicos forenses, también le dije que -aun teniendo razón- había mucho tiempo por delante y antes de perder la cabeza, podía morir atropellado por un conductor homicida o víctima de la inoportuna presencia de dos gaviotas en el turboreactor de alguno de los aviones que tanto frecuenta.

Esta es la historia.

No era en absoluto necesario –ni oportuno- que el médico de urgencias hiciera ese pronóstico. Innecesario: superada la situación de urgencia, cabe únicamente recomendar la visita a un especialista en la materia. Inoportuno: era la tarde del 31 de diciembre, sábado.

Con sus palabras –seguro que bien intencionadas- causó daño a una persona. Quizá la actitud del médico sea fruto de la medicina que vivimos; pero aun con la presión que sin duda existe, lo que no puede hacerse es perder el sentido común.

Mi amigo me tenía a mí y pudo contarme su problema.

Otro quizá se hubiese ido a su casa, a llorar un absurdo dolor, junto a su dueña y sus dos jóvenes hijos que aun le necesitan.